

travesuras de ministros que fingían *superavil*, que cubileteaban con las cifras de los presupuestos: el reino de los pícaros ha terminado. A tal conclusión quiere llegar nuestro hacendista, que a todo lo largo de su discurso, explica cómo se podría engañar a la gente en cada capítulo de los proyectos, y cómo el hombre serio, rechaza semejantes procedimientos.

El primer paso para una reconstitución, es la honradez; hay que mostrar el verdadero estado económico del país y luego buscar el remedio.

M. NÚÑEZ DE ARENAS

* * *

Para los alemanes, España es en Occidente, como Turquía en Oriente, una sustancia política de inestimable valor. Aún no saben quizá concreta y detalladamente a qué usos y aplicaciones han de destinarla en lo futuro. Pero la quieren tener bien reblandecida, si es posible en estado de fusión, para verterla después en el troquel más útil a Alemania. Este es el peligro. ¿Lo concebimos en toda su gravedad los españoles? ¿Lo conciben siquiera los aliados?

LUIS ARAQUISTAIN

La mujer francesa

Conocíamos principalmente el aspecto coquetón y lujoso de la mujer de Francia. Pero de esto, toda la culpa es de los mismos franceses. En París hay una industria, que consiste en la explotación del extranjero;

el artículo de París abarca infinitas cosas, desde la pluma y el penacho hasta los ocultos tesoros femeninos. Considerada como artículo de París, la mujer francesa, evidentemente, y a pesar de su gracia inimitable, vale bien poco. Es un elemento demasiado tentador que los pueblos y las sociedades necesitan poner prudente distancia.

Se ha querido hacer de ella un objeto frívolo, insubstantial, como un bibelot, y nada es tan contrario a la realidad; se ha querido ver en ella un objeto de placer, como la odalisca, y eso es absurdo. La mujer francesa trabaja más que el hombre francés, y con esto queda dicho todo. En cuanto a su capacidad y su preparación, a mí me sugiere la idea de que Francia, si de repente faltasen los hombres, seguiría su curso normal, con todos sus organismos en marcha . . .

Ahora se la ve en París substituir a los empleados de tranvía. Se la ve limpiar las calles y guiar los coches. Las oficinas están llenas de empleadas. Por todas partes se advierte la presencia de la mujer.

Esta facilidad de la mujer francesa para substituir al hombre en toda suerte de trabajos, es tal vez la mayor riqueza del país. Cuando un país renuncia a la colaboración de la mujer, su acción, dentro de la viva competencia de las naciones, queda sensiblemente mermada. En cuanto a la mujer francesa, sus cualidades de habilidad, ingenio y energía son insuperables. El ahorro francés se le debe a ella en mucha parte. En Francia, más que en ningún otro sitio, se siente constantemente la presencia de la mujer. Ella está en el taller y la oficina, en la calle y el café, en el hogar y en la política . . . Ya en tiempo de los reyes inter-